

Esta segunda edición de *Psicología social construccionista* aporta:

- Una visión panorámica de la psicología social contemporánea, que incluye los enfoques de la psicología social europea y las corrientes alternativas que replantearon el rumbo de la psicología social reciente, así como un acercamiento crítico a la cuestión metodológica.
- Un análisis comprensivo y crítico de uno de los enfoques que marcaron el nuevo rumbo buscando una perspectiva integradora de lo individual y lo social.
- Una propuesta deconstruccionista para la psicología social a la luz del debate sobre el incipiente cambio de paradigmas, en la que se reconoce la adecuación de la perspectiva construccionista, de la naturaleza histórica y simbólica, y del carácter autorganizativo de la realidad social.
- Una descripción de las posiciones que se atacan y se defienden críticamente en la batalla que libra la psicología social contra las retóricas de la verdad científica y moderna, en especial contra el mito de la objetividad; y un llamado a la necesidad de reconceptualizar el conocimiento psicológico rechazando la pretendida neutralidad del conocimiento científico y planteándose la problemática de los valores, de la cual se deriva la cuestión del compromiso respecto del tipo de conocimiento que elegimos producir. [B. J.]

ISBN 968-895-97A-2

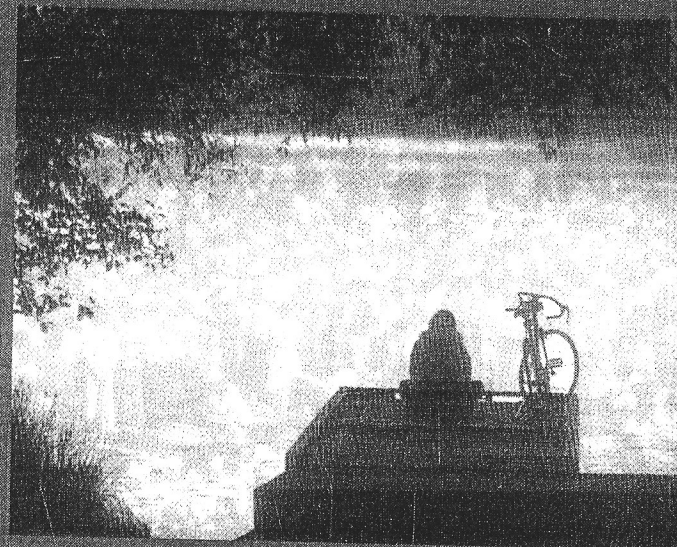


9 789688 959787

PSICOLOGÍA SOCIAL CONSTRUCCIONISTA
Tomás Ibáñez

PSICOLOGÍA SOCIAL CONSTRUCCIONISTA

Tomás Ibáñez



SELECCIÓN DE TEXTOS
BERNARDO JIMÉNEZ

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Serie Psicología Social

Coordinador: Bernardo Jiménez

PSICOLOGÍA SOCIAL
CONSTRUCCIONISTA

Tomás Ibáñez

SELECCIÓN DE TEXTOS:

BERNARDO JIMÉNEZ

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
2001

PRÓLOGO

Tal vez el haber estado en los albores de mayo de 1993, caminando por un país que él considera su ciudad (más adelante les contará por qué), dirigiéndonos a una reunión de psicólogos sociales, bien pudo hacer que Tomás Ibáñez aceptara más fácilmente ceder sus derechos de autor para que este libro apareciera en el lugar más inesperado y en esta serie *Psicología Social*. Comentamos, entre otras cosas, el gran interés que han provocado sus ideas y la dificultad para conseguir sus publicaciones en Guadalajara, que en caso de encontrarlas resultan muy costosas. Ya para ese entonces circulaban retazos de sus libros en fotocopias de fotocopias por varios estados de la república mexicana; algunas venían desde Venezuela. Eran muy pocos los poseedores de alguno de sus libros, publicados durante la década de los ochenta en editoriales catalanas que ningún librero representa en México. Fue así que Tomás llegó antes que sus libros y en los últimos años estuvo en centro, norte y sur de Latinoamérica, pero sus ideas ya andaban muy activas entre la progresía psicosocial. Razones más que sobradas para publicar esta antología de textos recientes en el medio siglo de andaduras de quien nació a comienzos de año en Zaragoza, Tomás Ibáñez García.

El proceso de selección partió de los contenidos de los tres libros publicados en Sendai en 1988, 1989 y 1990, que siguieron al primero (*Poder y libertad*, editado por Hora en 1982), y en los que podemos encontrar:

- Una visión panorámica de la psicología social contemporánea —ausente por lo general en la mayor parte de los manuales—, que incluye los enfoques de la psicología social europea y las corrientes alternativas que replantearon el rumbo de la psicología social reciente, así como un acercamiento crítico de la cuestión metodológica (en *Aproximaciones a la psicología social*).
- Un análisis comprehensivo y crítico de uno de los enfoques que marcaron el nuevo rumbo en busca de una perspectiva integradora de lo individual y lo social —las representaciones sociales—, como aporte de la psicología francesa (en *Ideologías de la vida cotidiana*).
- Una propuesta desconstruccionista para la psicología social (inspirada en la muy conveniente figura de Penélope) —a la luz del debate

Primera edición, 1994
Segunda edición, 2001

D.R. © 2001, UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Coordinación Editorial
Francisco Rojas González 131
Col. Ladrón de Guevara
44600 Guadalajara, Jalisco, México
<http://www.editorial.udg.mx>
Correo electrónico: edudg@udgserv.cencar.udg.mx

ISBN 968-895-978-2

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Capítulo III

LA CUESTIÓN METODOLÓGICA*

1. MÉTODO Y CONOCIMIENTO

Entendida en su sentido más amplio y más cercano a su significado etimológico, la «metodología» se define como el conjunto de medios tanto teoréticos, conceptuales, como técnicos que articula una disciplina para alcanzar sus fines. La «articulación de ese conjunto de medios» pretende indicar, con la menor ambigüedad posible, cuál es el camino que es necesario seguir para producir el tipo de conocimientos más adecuado a su objeto de análisis.

Es obvio que si se adopta esta acepción del término «metodología» no queda más remedio que proceder al estudio exhaustivo de la fundamentación y de las características de una disciplina, de cara a poner de manifiesto no sólo la naturaleza de sus recursos técnicos, sino también la estructura de sus teorías, así como los principios de racionalidad que guían su quehacer conceptual.

Existe, sin embargo, un sentido más restringido y más usual, que limita la extensión del concepto de «metodología» al conjunto de los *procedimientos* utilizados para fundamentar la aceptabilidad científica de los conocimientos elaborados en una disciplina. En el bien entendido que no es suficiente con describir estos procedimientos, sino que deben ir acompañados de la exposición de sus principios de racionalidad y de sus justificaciones explícitas.

Es esta segunda acepción la que se utilizará aquí. Sin embargo, aún es necesario formular una precisión suplementaria para acotar con exactitud el nivel de análisis en el que pretendo situarme. En efecto, existe cierta tendencia a equiparar la metodología de una disciplina con las *técnicas concretas* que constituyen su equipamiento instrumental. Y es bien conocido que la psicología social se caracteriza precisamente por la riqueza y la diversidad de las

* Publicado en: Ibáñez, T. *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona, Sendai, 1992.

técnicas que ha elaborado, o que ha importado y adaptado a partir de otras disciplinas. Sin menospreciar en absoluto el interés que revestiría una exposición detallada de cada una de esas técnicas, no es ésta, sin embargo, la tarea que me propongo realizar aquí.

Mi propósito consiste específicamente en plantear y en analizar los *problemas metodológicos* con los que se encuentra confrontada la psicología social, en la exacta medida en que la comprensión de la naturaleza de esos problemas puede ayudarnos a dar un paso más en la comprensión del concepto y de la naturaleza de la disciplina. En efecto, es tan ilusorio pretender acceder a la inteligencia de una disciplina prescindiendo de un entendimiento de sus opciones metodológicas, como ilusoria resultaría también la pretensión de desligar la problemática metodológica de la disciplina de las demás características que conforman la psicología social:

... los problemas metodológicos, para ser correctamente entendidos, deben plantearse también en su relación con las cuestiones teóricas y prácticas que gravitan sobre el estado actual de la psicología social (Serrano, 1986, p. 11).

La racionalidad que subyace en la metodología de la psicología social es obviamente la *racionalidad científica*. Una de las características que se atribuye con mayor acierto a ese tipo de racionalidad consiste, como es sabido, en el carácter «*democrático*» de sus planteamientos. En efecto, el método científico exige que ninguna de sus afirmaciones descansen sobre argumentos de «autoridad» o sobre decisiones «arbitrarias», y que todas ellas puedan ser *contrastadas* por cualquier persona que disponga de los conocimientos y de los medios adecuados. Sin embargo, no es nada infrecuente que se equipare el carácter «público» de la argumentación científica, y la posibilidad de contrastación «democrática», con la simple contrastación *empírica* de las afirmaciones:

El énfasis en someter todos los conceptos teóricos a la *demonstración empírica* es básicamente lo que distingue al método científico de otras formas de indagación... (Crano y Brewer, 1977, p. 11, énfasis nuestro).

Se considera, en efecto, que la especificación pública de los procedimientos utilizados y de los datos recogidos permite que cualquier persona esté, en principio, en disposición de comprobar la validez de las afirmaciones y decidir por sí misma si son aceptables:

... toda ciencia se caracteriza por su preocupación por demostrar, es decir, por la voluntad de justificar sus afirmacio-

nes con argumentos públicos donde lo empírico ocupa un lugar fundamental (Matalon, 1988, p. 28).

El énfasis que se pone insistentemente sobre «lo empírico» distorsiona sutilmente el sentido de la científicidad, reduciéndolo estrictamente a su versión *positivista*. En efecto, esta concepción del método científico participa plenamente de la «*metáfora del espejo*», o «*metáfora ocular*» (Rorty, 1979), en la cual se concede mucho más peso a la «*vista*» (lectura de datos) que a la propia razón. Se olvida de esta forma que la *argumentación racional* es tan «pública», tan «contrastable» y tan «verificable» como pueden serlo los propios datos empíricos. Es cierto que el enjuiciamiento de la validez de un discurso racional pasa por una serie de presupuestos relacionados con las reglas de la lógica, con la coherencia interna y también con la coherencia externa, es decir con el grado de compatibilidad del discurso con los conocimientos ya admitidos como válidos. Pero la contrastación empírica *también* implica una serie de presupuestos que *no* son, ellos mismos, «observables» ni contrastables empíricamente, así como la aceptación de *convenciones* previas, y la utilización de procedimientos *retóricos* particulares. La propia definición de lo que debe contar efectivamente como «*un hecho*» resulta de un proceso de *negociación racional* en el que están implicados una serie de procesos *interpretativos* que no pueden ser formalizados en su totalidad. No existe ninguna razón por la cual el método científico tenga que ser conceptualizado en los términos dictados por la *metáfora ocular*. Basta con recalcar la necesaria publicidad y contrastabilidad de los procedimientos utilizados para construir las afirmaciones, *sean éstas de tipo «discursivo» o de tipo «empírico»*.

Al afirmar que el método científico, entendido en su versión empiricista, descansa, él también, sobre una serie de convenciones y de presupuestos, no me estaba refiriendo únicamente a la previa aceptación de las «*reglas del juego*» definitorias de lo que debe constar legítimamente como demostración empíricamente válida y por ende de lo que carece de dicha legitimidad. Nos estábamos refiriendo además a que *todo* método integra necesariamente una parte de conocimientos sustantivos y de supuestos teóricos. Se ha dicho que todo método resulta de la concretización de una o de varias teorías, o, más gráficamente, que un método no es sino una teoría puesta en acto. No comparto esa postura tan extrema porque considero que todo método conlleva también unas dimensiones que presentan un cierto grado de *autonomía* en relación con

las teorías. Pero coincido, sin embargo, con la idea de que todo método encierra ingredientes teóricos que inciden sobre el tipo de acercamiento a la realidad que puede proporcionarnos. En este sentido es preciso reconocer:

... la dependencia de los hallazgos sustantivos con respecto al método (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 21).

Y admitir que cada método nos proporciona efectivamente un tipo de conocimientos bien determinado:

Aunque sea el mismo objeto al que se apliquen diversos métodos, lo más probable es que los conjuntos de datos resultantes presenten una covariación nula o muy escasa (Fiske, 1986, p. 68).

La estrecha vinculación entre métodos, teorías y resultados fomenta la sospecha de que todo método, lejos de constituir un instrumento «neutro», conlleva una «reactividad» intrínseca. Esto hace muy difícil que se pueda otorgar un significado preciso a una de las principales exigencias de la «objetividad» científica, exigencia que queda muy claramente formulada en las siguientes palabras:

El supuesto fundamental de toda investigación es que los datos obtenidos obedecen al rasgo en que está interesado el observador y no al método empleado para obtener tales resultados (Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979, p. 25).

La necesaria conceptualización *no positivista* del método científico pasa de forma ineludible por el reconocimiento de que *todo conocimiento* resulta de la *interacción* entre las características del objeto a conocer y las propiedades del método utilizado para conocerlo. Esta afirmación apunta hacia la importancia que presenta el examen crítico de los métodos, de cara a dilucidar sus supuestos implícitos y las condiciones que imponen al conocimiento construido con su ayuda.

La necesidad de prestar una atención muy particular a la cuestión metodológica adquiere aún mayor relevancia en psicología social. En efecto, no está claro que el corpus de conocimientos, o si se prefiere, la parte sustantiva de la psicología social, cumpla las exigencias científicas relacionadas con el *progreso de los conocimientos*. Así por ejemplo, no parece seguro que las teorías elaboradas en la disciplina sean «commensurables», con lo cual se carecería de criterios para confrontarlas entre sí y optar entre ellas (Greenwald, 1975a). Tampoco es evidente que las teorías psicosociales reúnan las

propiedades requeridas para poder ser «refutadas» por la experiencia (Rakover, 1981), y, por fin, se pueden albergar dudas razonables sobre el carácter «acumulativo de los conocimientos psicosociales» (Tedeschi y otros, 1981). El hecho de que estas dudas se formulen en relación con un corpus de conocimientos que se han constituido siguiendo los patrones empiricistas del método científico agudiza tanto más la necesidad de reflexionar sobre los problemas metodológicos de la psicología social. Por si fuera poco, esa misma necesidad encuentra otra justificación en el hecho de que gran parte del debate crítico instaurado en la disciplina se centró precisamente sobre un conjunto de argumentos relacionados con las metodologías mayoritariamente consideradas como legítimas.

Antes de examinar las coordenadas dentro de las cuales se sitúa la cuestión metodológica en psicología social, es preciso aclarar las razones por las que he manifestado estar en desacuerdo con la afirmación de una estricta dependencia de los métodos en relación con las teorías. En efecto, aun reconociendo la importancia de esta dependencia parcial sostengo que los métodos están, en cierta medida, *infradeterminados* por sus ingredientes teóricos, y que los conocimientos conseguidos por medio de un determinado método, sea cual sea, nunca dependen exclusivamente de éste. Además de la incidencia que tienen las propias características del objeto estudiado, es obvio que tanto el trasfondo epistemológico como el bagaje conceptual a los que se recurre para evaluar y para interpretar los productos obtenidos por la aplicación de un método inciden poderosamente sobre la configuración del conocimiento resultante.

Me atrevería incluso a afirmar que la teoría sustantiva a la que se recurre en una investigación da cuenta de una parte mucho más importante del conocimiento producido que el método utilizado para producirlo. En efecto, el determinante en última instancia del saber producido no radica tanto en las características de los métodos utilizados como en la potencia, el rigor y la adecuación del marco teórico y de los supuestos epistemológicos que guían la investigación y que permiten interpretar tanto las observaciones empíricas como los argumentos racionales. En este sentido, estoy convencido de que el eclecticismo metodológico no produce efectos tan negativos como los que resultan del eclecticismo teórico o epistemológico. Dicho de otra forma, el hecho de recurrir a métodos inspirados en una concepción positivista es menos perjudicial que el hecho de inspirarse en una epistemología positivista, aunque

se utilicen métodos escasamente relacionados con esa tradición. Lo primero puede ser incluso beneficioso en ciertos casos, lo segundo acumula los problemas en todos los terrenos.

La historia de la psicología social está salpicada de una serie de polémicas y de controversias acerca de la adecuación de los diversos métodos a los que recurren los investigadores.

Lejos de tener un carácter puramente técnico, estas controversias implican generalmente fuertes *presupuestos epistemológicos*, más o menos explicitados, que atañen tanto a la propia concepción de la actividad científica como a consideraciones *teóricas y ontológicas* acerca de la naturaleza del objeto psicosocial y de los objetivos que deben marcar su investigación. Trataré de analizar las principales controversias metodológicas repasando sucesivamente:

- la polémica sobre los «dos métodos» en la investigación científica
- la polémica sobre las «dos disciplinas» de la psicología
- la polémica sobre los enfoques *cualitativos y cuantitativos*
- la polémica sobre el *método experimental*, subdividida a su vez en:
 - la polémica sobre los diversos *tipos de validez* de la investigación psicosocial
 - la polémica sobre los *test de significación*
 - y, por fin, la polémica sobre la *contrastación empírica de hipótesis teóricas*.

2. LAS «BATALLAS» DE LOS MÉTODOS

La polémica sobre «los dos métodos»: naturalismo versus antinaturalismo

Al exponer y discutir en la primera parte de este libro* las condiciones de emergencia histórica de la psicología social ya aludí a la importante polémica que marcó las opciones metodológicas de las ciencias sociales a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Recordemos que, frente a la concepción positivista de las ciencias sociales, se desarrolló, básicamente en Alemania, una concepción

* Se refiere a: *Aproximaciones a la psicología social* Barcelona, Sendai, 1992 (N. del E.).

hermenéutica, culturalista e historicista defendida por filósofos, historiadores y sociólogos tales como Droysen, Dilthey, Simmel, Rickert, y en cierta medida el propio Max Weber. Mientras la orientación positivista defendía la naturaleza transdisciplinar y la unicidad del método científico, los antipositivistas recalcan que las características diferenciadoras del objeto social imposibilitaban la aplicación de ese método, requiriendo un método sui generis que fuese distinto del que utilizaban las ciencias naturales. Así mismo, mientras los positivistas defendían la «objetividad» de los hechos sociales y su carácter nomotético, los hermenéuticos resaltaban el carácter idiográfico de las sociedades y su dependencia de algo tan poco «objetivo» como son los significados compartidos e históricamente construidos. Una forma esquemática, pero bastante adecuada, para caracterizar cada una de esas orientaciones consistió en diferenciar los partidarios del «naturalismo» por una parte, es decir, aquellos investigadores que asumían la *universalidad del método científico* propio de las *ciencias naturales* y la necesidad de adaptarlo al estudio de objetos sociales, y por otra parte los partidarios del «antinaturalismo», es decir, aquellos que propugnaban una *especificidad* de la metodología de las ciencias sociales, defendiendo por consiguiente una *dualidad metodológica* en el campo científico. Obviamente, entre el naturalismo radical y el antinaturalismo radical cabía toda una gama de componendas entre ambos polos. Conviene recalcar que, como ya lo he señalado en el capítulo historiográfico, el *dualismo metodológico* reforzaba paradójicamente la propia concepción positivista de la ciencia, dando por sentado que el método científico empírico-positivista era efectivamente el método apropiado para el desarrollo de los conocimientos «naturalistas». Por una serie de razones históricas que ya he expuesto, el naturalismo no tardó en alcanzar una posición prácticamente *hegemónica* en las ciencias sociales, traducéndose en el seno de la psicología social por el predominio incontestable de la experimentación como fuente de producción y de *legitimación* del conocimiento científicamente válido.

En el momento presente de la disciplina se asiste a un cierto resurgir del antinaturalismo, ligado sin duda a las dificultades con las que ha tropezado el enfoque positivista *en el campo mismo* de las ciencias naturales y su consiguiente quiebra como posible paradigma orientador de la empresa científica en su conjunto. Pero también se observa en la actualidad una defensa rigurosa del naturalismo, desarrollada desde presupuestos epistemológicos «realistas»

y, por lo tanto, diametralmente opuestos a las orientaciones positivistas. En efecto, un amplio sector de los que cuestionan radicalmente los fundamentos de la psicología social dominantes, entre los que destaca sin duda un teórico como Roy Bhaskar, plantean actualmente un *modelo naturalista de las ciencias sociales* que integra curiosamente buena parte de los presupuestos hermenéuticos y que no duda en manifestar importantes reservas acerca del supuesto carácter nomotético de lo social (Bhaskar, 1979; Outhwaite, 1987; Manicas, 1987).

Por mi parte considero que la tradicional dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo encierra una serie de *ambigüedades* que la tornan *mistificadora* y aconsejan su abandono.

Por una parte, esta dicotomía acierta plenamente cuando destaca la *irreductibilidad radical* del objeto social a cualquier objeto «natural», y en señalar por lo tanto una *especificidad* sui generis de las ciencias sociales. Efectivamente, el ser humano considerado en tanto que *agente social* es el *único* objeto sobre el cual *los significados* son capaces de ejercer unos *efectos causales* (entendiendo, por supuesto, el término, «significado» en un sentido irreductible al de simple «información»), y es también el *único* ser dotado de reflexividad en el sentido pleno de la palabra. Los propios experimentalistas son plenamente conscientes de la existencia y de la importancia de estas dos características, puesto que se abstienen cuidadosamente de explicar sus hipótesis a los sujetos, mientras que no tendrían ningún reparo en hablar de ellas si estuvieran experimentando sobre objetos naturales. Así mismo, la distinción entre naturalismo y antinaturalismo acierta plenamente al enfatizar la inaplicabilidad de algunos métodos de las ciencias naturales al estudio del objeto social.

Sin embargo, pese a esos dos aciertos, la mencionada dicotomía yerra por completo cuando subsume las metodologías de las ciencias naturales bajo la versión positivista de las mismas. Es más, el antinaturalismo produce un efecto netamente enmascarador al dejar suponer que la *racionalidad científica* puede ser *distinta* en el campo de las ciencias naturales y en el campo de las ciencias sociales. La racionalidad científica se contrapone, sin duda, a otros tipos de racionalidad y a otros tipos, perfectamente legítimos, de pensamiento. Pero si se abandona la versión positivista de la racionalidad científica, es difícil imaginar entonces por dónde podría pasar la línea divisoria entre dos tipos distintos de racionalidad científica. No me cabe la menor duda de que, bajo los diversos acercamientos científicos a los diversos objetos de conocimiento, subyacen unos

mismos principios de racionalidad que definen precisamente la diferencia entre los saberes científicos y los demás saberes sociales. En consecuencia, la dicotomía naturalismo/antinaturalismo debería ser sustituida simplemente por una clara distinción entre *enfoques positivistas* y *enfoques no positivistas*. Soy consciente de la asimetría que existe entre estos dos términos, ya que el segundo no solamente se define en términos negativos, sino que engloba una multiplicidad de posturas eventualmente muy dispares. Este inconveniente es, sin embargo, menor que el que nace a partir de la anterior dicotomía, pues un *naturalismo antipositivista* constituye, en efecto, una postura razonablemente argumentable en el marco de las ciencias sociales.

La polémica sobre las «dos disciplinas»

Aunque los ecos del debate sobre el naturalismo resuenan aún con bastante fuerza, otro debate mucho más reciente ha confrontado los méritos respectivos del *método experimental* y del *método correlacional* en ciencias sociales. Este debate, del que dieron perfecta cuenta hace unos años Alvira, Avia, Calvo y Morales (1979), tuvo su expresión más llamativa en una conferencia pronunciada por Cronbach en 1957 ante la Asociación Americana de Psicología (Cronbach, 1957). En esta conferencia, el autor comparaba las que, según él, constituían las «*dos disciplinas*» de la psicología científica. Ante las insuficiencias propias de cada una de estas dos disciplinas, Cronbach planteaba la necesidad de abandonar los recelos mutuos y de desarrollar un esfuerzo conjunto:

La psicología correlacional sólo estudia la varianza entre los organismos: la psicología experimental sólo estudia la varianza entre los tratamientos... En el trabajo tanto aplicado como científico, la psicología requiere labores combinadas, no paralelas, de nuestras dos disciplinas históricas (Cronbach, 1957, p. 117 y p. 120 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Volviendo sobre esta cuestión algunos años más tarde, Cronbach emplearía un tono menos entusiasta, manifestando cierto pesimismo en cuanto a la posibilidad misma de formular *proposiciones nomotéticas* por mucho que se intentara compatibilizar las dos disciplinas. Cronbach encontraría incluso unos acentos próximos a los de Gergen al concluir que:

La tarea especial del científico social en cada generación es apresar los efectos contemporáneos. Más allá de esto, comparte con el humanista y el artista el esfuerzo en ganar comprensión en las relaciones contemporáneas y adecuar el punto de vista cultural sobre el hombre con las relaciones presentes. Conocer al hombre tal como es no es una aspiración despreciable (Cronbach, 1975, p. 276 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Se trataba sin duda de una conclusión poco hecha para agradar a los experimentalistas y a los correlacionistas. En cualquier caso, ni los experimentalistas convencidos ni los correlacionistas acérrimos estuvieron nunca dispuestos a acallar sus críticas hacia los partidarios del otro método.

Para los experimentalistas, tan sólo su propio método es susceptible de hacer progresar el conocimiento hacia el objetivo nomotético y predictivo que constituye a su entender la finalidad de toda ciencia. En efecto, la experimentación es el único procedimiento que permite establecer con certeza la existencia de *relaciones causales*, generalmente conceptualizadas en términos *humeanos* como lo veremos más adelante. Si la palabra «causa» se considera aún insuficientemente «positiva», también se puede decir que el experimento es el único medio de establecer *relaciones funcionales vectorizadas* entre los fenómenos. Dedicaré un amplio espacio más adelante a la metodología experimental como lo exige el hecho, abundantemente ilustrado por los análisis bibliométricos de las revistas de psicología social, de que se trata del método predilecto de la psicología social dominante:

Consideramos que el experimento constituye el método de investigación troncal en psicología social (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

No obstante, parece conveniente apuntar ya hacia algunos aspectos de la cuestión. En primer lugar, es interesante resaltar que, curiosamente, los experimentalistas reencuentran sin saberlo una formulación realizada precisamente por uno de los primeros defensores del enfoque *historicista* en ciencias sociales. En efecto, el valor del experimento radica en que es el propio investigador quien se sustituye a la *producción «natural»* de las variaciones que se producen entre fenómenos relacionados entre sí, estableciendo él mismo las condiciones de esas variaciones. Se puede decir incluso que la única garantía que tiene el experimentador de que

sus variables independientes no fluctúan al son de las variaciones naturales proviene de que es él mismo quien las ha construido y las hace variar. Con ello, el experimentador consigue efectivamente un modo de acceso privilegiado a la realidad. Pero este privilegio, como muy bien lo había expresado Giambattista Vico mediante su concepto del «*verum ipsum factum*», es simplemente el privilegio que acompaña al conocimiento de lo que hemos *construido nosotros mismos*. Si reflexionamos sobre el principio sugerido por Vico, podemos constatar que la «autoanulación» de sí mismo como sujeto que es lo que, en nombre de la «objetividad», pretende conseguir el investigador cuando recurre al método experimental, se encuentra *refutada* curiosamente por la propia naturaleza del método experimental.

En efecto, este método sitúa precisamente al investigador en el centro mismo de la producción del conocimiento, restituyéndole su condición de sujeto activo del conocimiento.

Por otra parte, también es preciso recordar que la experimentación, lejos de constituir un principio ahistórico, es claramente una *institución social históricamente fechada* (Danziger, 1985). En efecto, a principios de siglo aparecieron dos concepciones contrapuestas de la experimentación. En una de ellas, ilustrada por el enfoque de Wundt, y que, siguiendo a Danziger, llamaré el «*modelo de Leipzig*», la experimentación descansaba sobre la propia actividad del sujeto investigado que actuaba como observador de sus propios procesos psicológicos. Indiquemos por cierto que habrá que esperar hasta los años 30 para que se instituya mayoritariamente la denominación de «*sujetos*» para designar a los participantes en un experimento. En la otra concepción, ilustrada por Charcot, y que llamaré el «*modelo de París*», el sujeto no «protagonizaba», sino que «sufría» las operaciones planificadas en el marco de la investigación. Este segundo modelo, mucho más acorde con las exigencias positivistas, puesto que el sujeto del tratamiento quedaba claramente separado del observador de los efectos del tratamiento, fue el que se impuso finalmente no sin sufrir previamente una importante modificación cuando fue adoptado por los investigadores estadounidenses. En efecto, la «*innovación americana*» consistió en sustituir el estudio pormenorizado de casos individuales por el estudio de «*poblaciones*» de individuos en cada una de las condiciones experimentales establecidas mediante sus diseños experimentales, recurriendo esencialmente al tratamiento estadístico para extraer conclusiones. De esta forma, el *arsenal estadístico* penetraba de

pleno derecho en el campo de la experimentación, y la obra de Ronald Fisher se convertía en el imprescindible breviario de los experimentalistas.

El énfasis sobre las «poblaciones», en lugar de los individuos particulares, potenció tanto el desarrollo de las investigaciones experimentales como el desarrollo de los estudios correlacionales. En efecto, aquellos psicólogos que reprochaban a los experimentalistas la excesiva *artificialidad* de las situaciones de laboratorio tuvieron a su disposición las estadísticas necesarias para examinar las relaciones entre variables en *situaciones «naturales»*. Bien es cierto que debían renunciar a pronunciarse sobre la existencia de relaciones propiamente causales y que debían tomar extraordinarias precauciones antes de concluir sobre la validez de las covariaciones detectadas entre los fenómenos, pero ése constituía precisamente el precio a pagar por un *acceso más directo* a las realidades investigadas. Para superar la situación de inferioridad en la que se encontraban respecto a los experimentalistas al no poder concluir sobre la direccionalidad de las relaciones observadas, los correlacionistas no cesaron en su empeño hasta conseguir los instrumentos de análisis estadístico que les permitieran establecer, ellos también, la *estructura causal de las covariaciones*. Estos instrumentos presentan hoy un alto grado de sofisticación, y su difusión en el campo de las ciencias sociales no es independiente, por supuesto, de la vertiginosa expansión de la industria informática. Así por ejemplo, se ha conseguido sintetizar en estos últimos años las técnicas del «path-analysis», del «modelado causal» y del «análisis estructural de las covarianzas», para ofrecer una nueva técnica conocida como «Análisis estructural» o «Structural equation modeling», que recurre a diversos métodos multivariados, tales como la regresión múltiple, el análisis factorial o las correlaciones canónicas para evidenciar la estructura causal latente en las correlaciones establecidas. No cabe duda, como decía Diana Baumrind hace unos años, de que la moda está actualmente en:

... realizar inferencias causales a partir de datos correlacionales... (Baumrind, 1983, p. 1.289).

Los progresos de la instrumentación estadística benefician también a los experimentalistas, y aunque el clásico *análisis de varianza* sigue constituyendo la estrategia de análisis más común en psicología social, no cabe duda de que las nuevas técnicas se implantan con rapidez:

No cabe duda de que la utilización de estos procedimientos (el análisis de regresión múltiple) se incrementará cuando las recientes generaciones de posgraduados formados en esas técnicas empiecen a publicar (Kenny, 1985, p. 496).

En esta misma dirección conviene señalar que los «modelos loglineares», particularmente bien adaptados al tratamiento de variables dependientes dicotómicas, dejan desfasadas las viejas estadísticas del x^2 .

Sin duda alguna, la evolución de los instrumentos estadísticos ha marcado con fuerza la historia de la investigación en psicología social. En efecto, si bien el índice «t» de Student-Fisher dominó ampliamente la investigación psicosocial antes de la Segunda Guerra Mundial, fue el análisis de varianza el que empezó a imponerse después de la guerra, propiciando la utilización de los diseños 2×2 durante la década de los sesenta y de los setenta:

Sin los múltiples diseños dos por dos, desarrollados para contrastar las hipótesis teóricas, la literatura psicosocial de los años sesenta y setenta hubiera sido considerablemente más escasa (Jones, 1985, p. 67).

... se puede pensar que, si se prohibiera el uso del análisis de varianza, nuestras revistas ya no tendrían materiales para publicar (Cartwright, 1979, p. 87).

Lo mismo se podrá decir probablemente, dentro de pocos años, en relación con el «análisis de regresión múltiple».

La continua demanda de métodos estadísticos más potentes guarda quizá relación con las críticas que se han formulado estos últimos años acerca de la validez de la experimentación:

... la búsqueda de certidumbre a partir de los controles estadísticos ha ganado ímpetu porque la búsqueda de certidumbre a partir de los controles experimentales lo ha perdido (Baumrind, 1983, p. 1290).

La creciente sofisticación estadística plantea varios problemas que merecen atención. En primer lugar, es evidente que la sofisticación de las técnicas de medición debería acompañar la sofisticación de las técnicas de tratamiento de datos. Sin embargo, esto dista mucho de ser el caso, y muchos investigadores actúan como si el incremento de potencia de los instrumentos estadísticos pudiese suplir unas medidas efectuadas de forma poco rigurosa. En segundo lugar, se produce algo semejante al famoso «efecto martillo» según el cual, si se le da un martillo a un niño, todos los obje-

tos se convierten en objetos «martilleables». En efecto, el interés por el instrumento tiende a borrar el interés por los fenómenos encaminados, y en este caso el esfuerzo dedicado a la comprensión y a la utilización de las técnicas estadísticas más complejas tiende a relegar a un segundo plano el interés sustantivo de los fenómenos investigados:

... la fascinación con la técnica parece sustituir con demasiada frecuencia el interés por las cuestiones sustantivas. La literatura está repleta de investigaciones que no hacen sino demostrar la virtuosidad técnica del investigador (Cartwright, 1979, p. 87).

... es mucho más fácil para los comités de redacción... evaluar los métodos que el interés sustantivo de los contenidos (*id.*).

Lo más preocupante, sin embargo, es que la naturaleza de la instrumentación estadística disponible incide sobre la propia conceptualización de los fenómenos, dictando la forma en que se deben investigar:

(el análisis de varianza)... se ha constituido en el marco de referencia dentro del cual pensamos sobre las cuestiones teóricas y sobre las cuestiones de la investigación (Kenny, 1985, p. 489).

Con demasiada frecuencia el análisis de datos en psicología social es tan sólo un rito consistente en "armonizar" los números para conseguir el significativo "índice F" que se ha predicho... (*id.* p. 506).

Como podemos comprobar, la evolución del «aparato» estadístico ha complicado sustancialmente la vieja cuestión de los «dos métodos», a la vez que ha planteado problemas de fondo que afectan por igual a cada uno de estos métodos en la medida en que ponen de manifiesto los condicionamientos que las técnicas imponen a las cuestiones sustantivas.

Los «otros métodos» y la polémica sobre «cuantitativo» versus «cualitativo»

La característica preocupación de la investigación psicosocial por contrastar hipótesis ha favorecido considerablemente el auge de las estadísticas *inferenciales* en la disciplina. Sin embargo, frente al dominio ejercido por estas estadísticas, se asiste recientemente a un

resurgir de las estadísticas *descriptivas*. Ya no se trata de buscar si los datos recogidos son compatibles con las hipótesis formuladas, sino de observar cuáles son las configuraciones que emergen «naturalmente» a partir de los propios datos. En efecto, con el «Análisis de datos» de Benzecri, y otras técnicas parecidas, se «da la palabra» a los propios datos, no para que digan si respaldan o no las tesis del investigador, sino para que digan ellos mismos cuál es su propia estructura, y que el investigador pueda realizar una serie de deducciones a partir de ahí. Este procedimiento no deja de evocar la exigencia fenomenológica según la cual es preciso «ir a las cosas mismas», y sintoniza en cierta medida con algunas de las tesis que la etnometodología ha puesto de moda. Sin embargo, quizá sea lícito preguntarse sobre los posibles efectos enmascaradores que pueden desprenderse de estas técnicas. En efecto, el investigador adquiere una «nueva virginidad» en la medida en que puede tener la tentación de considerar que sus supuestos teóricos personales no imponen en estos casos su forma a los fenómenos investigados. Esta «ilusión» de objetividad puede conducir de esta forma al insostenible principio de un *empiricismo ateórico*.

Otro de los métodos que está cobrando vigor en la actualidad es el denominado «metaanálisis» (Glass, 1978), que pretende potenciar el carácter acumulativo de los conocimientos producidos en ciencias sociales. Se trata de hecho de una técnica para agregar los datos producidos por diversas investigaciones sobre un mismo tema, y extraer conclusiones que descansen sobre una *serie de investigaciones* en lugar de versar sobre investigaciones aisladas. En cierto sentido, es interesante observar que no se trata sino de una nueva extensión del concepto de «población» al que me he referido anteriormente al hablar de la «americanización» de la experimentación. Efectivamente, el concepto de población deja de limitarse a la consideración de «individuos» para aplicarse ahora a «poblaciones de investigaciones». El indudable éxito que está teniendo esta técnica (véase por ejemplo, Isenberg, 1986; Eagly y Crowley, 1986; Eagly y Steffen, 1986) plantea la cuestión de la validez de los datos a los que recurre, es decir, el problema de la validez de las propias investigaciones particulares que el metaanálisis conjunta en una «población». Veremos más adelante que este problema plantea serias dudas sobre el propio alcance del metaanálisis.

Por último, cabe señalar que el auge de los métodos *cualitativos* ha desplazado la polémica entre experimentalismo y méto-

dos correlacionales hacia una nueva «batalla» metodológica que enfrenta a los «cuantitativistas» con los «cualitativistas» (Alvira, 1982). Como en el caso de la polémica anterior, las exhortaciones van en dirección a reconciliar ambos métodos en una perspectiva de complementariedad supuestamente beneficiosa para la investigación (Reichardt y Cook, 1981). Sin embargo, es difícil que los partidarios de los métodos cualitativos acallen sus reticencias ante la cuantificación, según ellos «indebida», de ciertos procesos y fenómenos sociales.

Efectivamente, el enfrentamiento entre los dos enfoques arraiga por lo general en profundas *divergencias epistemológicas* que evocan la «batalla de los métodos» librada a principios de siglo. Es obvio que a partir del momento en que se está convencido de la importancia que tienen las dimensiones *simbólicas* de lo social, y del papel que desempeñan los *significados*, se llega lógicamente a la conclusión de que las técnicas *interpretativas* son efectivamente las más adecuadas a la naturaleza del objeto social. El problema surge en la medida en que el *significado* es, por propia definición, inapreciable en los formalismos necesarios para proceder a una cuantificación. En efecto, su carácter de «sistema abierto», de proceso «permanentemente en construcción» y de fenómeno siempre «contextualizable» lo convierten en un objeto radicalmente *no-formalizable* (Castoriadis, 1978). Se asiste en consecuencia al desarrollo, o a la aplicación, de una serie de técnicas cualitativas que tienden hacia la comprensión de los fenómenos sociales más que a su predicción.

Cabe señalar en este sentido que el análisis de contenido, en su versión «interpretativa», se utiliza por ejemplo como uno de los instrumentos para dilucidar las representaciones sociales, mientras que la etnometodología y la «sociología cognitiva» de Cicourel popularizan una serie de técnicas que permiten acercarse a los procesos de construcción de los significados en el seno de comunidades «naturales». Por otra parte, la observación participante, las «cámaras ingenuas», el análisis de discurso — en su versión menos lingüística —, las historias de vida, los estudios de archivos, el análisis de conversaciones, la narrativa, los estudios de casos, el análisis institucional, van constituyendo poco a poco una caja de herramientas que se presenta como alternativa a la metodología cuantitativa dominante en psicología social. No carece de interés señalar en este sentido que Donald T. Campbell, uno de los mejores expertos en técnicas cuantitativas y en metodología experi-

mental, ha terciado en defensa de los métodos cualitativos y no ha dudado en declarar hace pocos años que:

Me adhiero a quienes reivindican la importancia de la hermenéutica para las ciencias sociales (Campbell, 1986, 109).

3. LAS POLÉMICAS SOBRE EL MÉTODO EXPERIMENTAL EN CIENCIAS SOCIALES

Como ya he indicado, el método experimental ha sido sin lugar a dudas el método predilecto de la psicología social a partir del momento en que se instaló firmemente en su seno durante la década de los años treinta. Los múltiples perfeccionamientos que se han aportado a la experimentación psicosocial desde sus tiempos pioneros, tanto en cuanto al control de las condiciones experimentales, como a la complejidad y el rigor de los diseños, y a la potencia y sofisticación de los instrumentos de análisis, no han acallado, sin embargo, las críticas que se le han dirigido, aunque sí han servido para reafirmar en sus convicciones a aquellos que ven en la experimentación, si no una condición suficiente, sí por lo menos una condición necesaria para garantizar la cientificidad de la disciplina. Tanto las críticas como las valoraciones positivas, pero sobre todo la propia centralidad de este método para la psicología social, exigen que le dediquemos aquí una atención muy particular.

A lo largo de la década de los años sesenta y de los años setenta, hemos asistido a una auténtica proliferación de los ataques dirigidos contra la utilización del método experimental en ciencias sociales. Así por ejemplo, se ha cuestionado la *relevancia social* que tienen los conocimientos producidos a través de este método (Ring, 1977; Sheriff, 1970), la *dimensión ética* del mismo, es decir, el grado en que respeta lo que, de forma muy sintética, podríamos llamar la dignidad humana (Kelman, 1965, 1967), las distorsiones introducidas por el *tipo de población* que se utiliza para efectuar los experimentos, y los sesgos introducidos por el método de *reclutamiento de los sujetos* (Jung, 1969). El análisis de las características de los sujetos, de las atribuciones de significados a las que proceden dentro de la propia situación experimental, así como de los roles que desempeñan de formas estratégicas en el laboratorio, ha hecho decir a algunos investigadores que el único

sujeto realmente ingenuo en la situación experimental es el propio investigador. En el marco de este conjunto de cuestionamientos críticos, los debates que plantean los problemas más sustantivos han girado en torno a la *validez* misma del procedimiento experimental.

Algunos de los aspectos que se han cuestionado afectan a la práctica experimentalista pero la trascienden en la medida en que se trata de aspectos comunes a las diversas técnicas de medición, o de los efectos generales de la cuantificación. Así por ejemplo, entre los aspectos que desbordan la estricta cuestión de la experimentación, se encuentra por una parte el problema de la «*validez de constructo*» (Cronbach y Meehl, 1955), entendida como la adecuación entre las variables teóricas y su traducción operacional y, por otra parte, la «*validez individual*» (Matalon, 1988), entendida como la difícil transposición de los resultados estadísticos conformados a través de un proceso de «*agregación*» de datos individuales a los procesos individuales que los han engendrado. Es obvio, en efecto, que el mismo proceso de *agregación* puede introducir importantes efectos distorsionantes acerca de lo que ocurre realmente a nivel de los individuos. Sin embargo, las dos cuestiones que afectan más específicamente a la experimentación en psicología social son las cuestiones relativas a la «*validez interna*» y a la «*validez externa*». Ambas hacen referencia de alguna forma al carácter «construido» de la situación experimental y, por lo tanto, a las implicaciones que se desprenden de la «artificialidad» de las situaciones analizadas.

Otra de las cuestiones específicas a la experimentación psicossocial se plantea en términos de la significación de sus resultados. Esta cuestión hace referencia tanto al problema técnico de las *pruebas de significación estadística* como al problema mucho más general de la *significación sustantiva* de los datos experimentales. Es precisamente este conjunto de cuestiones el que se expone a continuación.

Validez y artificialidad

a) *La polémica sobre la validez interna*. No está en mi intención entrar en la filosofía de la experimentación ni tampoco en los detalles del procedimiento experimental, pero es preciso recordar que la condición *sine qua non* para poder establecer la existencia de una relación funcional estricta entre variables, o más precisa-

mente, para poder concluir la existencia de unos *efectos causales* entre variables, pasa por el estricto *aislamiento* de esas variables respecto de *todos* los factores que pueden incidir sobre ellas o sobre sus relaciones. En efecto, el experimentador sólo puede acceder a una plena garantía de que la relación observada existe efectivamente, en la medida en que las *únicas* variaciones introducidas entre dos o más estados del sistema que está investigando son precisamente las variaciones que *él mismo* introduce y controla, con exclusión de cualquier otro elemento debido a fuentes naturales o artificiales de variación. Tomada al pie de la letra, esta exigencia es evidentemente *imposible* de cumplir cuando se trabaja con sujetos humanos, simplemente porque no hay dos sujetos que sean estrictamente *equivalentes* en cuanto al conjunto de factores que pueden incidir, más o menos directamente, sobre las variables estudiadas. Sin embargo, los investigadores han articulado una serie de procedimientos para acercarse lo más posible a las condiciones *sine qua non* de la experimentación. Estos procedimientos pasan, como es bien conocido, por *neutralizar* los posibles efectos que las «*variables extrañas*» pueden ejercer sobre las «*variables explicativas*», ya sea fijando estrictamente el valor de esas variables para que no diferencien las situaciones («*variables controladas*»), ya sea igualando sus efectos en las distintas situaciones («*variables aleatorias*»). Depende entonces del ingenio del experimentador el que no intervengan otras variables perturbadoras, y es el análisis de los datos el que le informará de si ha conseguido o no aislar suficientemente el sistema que ha construido de cualquier *influencia interfiriente*. Una de las condiciones básicas para que las situaciones experimentales sean estrictamente comparables pasa, por lo tanto, por la aleatorización cuidadosa de los sujetos investigados:

La aleatorización está diseñada para asegurar que, dentro de niveles de improbabilidad especificados, los grupos son efectivamente equivalentes antes de que se les someta a un tratamiento (diferencial) (Greenberg y Folger, 1988, p. 81).

Queda claro, por lo tanto, que para conseguir poner de manifiesto la influencia de los factores experimentales, es decir, la existencia de una posible relación entre las variables explicativas, el diseño experimental necesita eliminar la influencia de todos los factores parásitos. El grado en que esto se consigue caracteriza precisamente la *validez interna* del experimento (Campbell y Stan-

ley, 1963). Lo que interesa destacar aquí es que esta validez interna tan sólo puede conseguirse, como se ha visto, *cerrando estrictamente* un sistema, es decir, *aislándolo* drásticamente del exterior, de forma que cualquier efecto que se manifieste en su seno sea absolutamente *independiente* de lo que pueda ocurrir fuera del sistema.

Como ya se ha expuesto en el apartado historiográfico, a principios de los sesenta varios investigadores plantearon serias dudas acerca de si los experimentos habitualmente realizados en psicología social ofrecían en efecto las suficientes garantías en cuanto a su validez interna. Así por ejemplo, Orne llamó la atención sobre «las características de la demanda», es decir, sobre el conjunto de sutiles indicadores que el experimentador introduce inconscientemente en el planteamiento mismo de las situaciones experimentales, incitando a los sujetos a que se comporten de una forma acorde con los resultados esperados (Orne, 1962). Por su parte, Rosenthal llamó la atención sobre la introducción de variables no controladas, señalando la existencia de sesgos debidos a las propias expectativas del experimentador («sesgo del experimentador»), el cual influencia el comportamiento de los sujetos por medio de una serie de indicadores no verbales (Rosenthal, 1963a). El mismo Rosenthal señaló también la existencia del «efecto del experimentador», refiriéndose a la incidencia que podían tener en la situación experimental las diversas características personales del propio conductor del experimento (Rosenthal, 1963b). En resumidas cuentas, se indicaba de esta forma que *el propio experimentador* constituía una *variable perturbadora* que nadie había pensado en controlar, y que podía introducir distorsiones sistemáticas, ya sea a través del «efecto del experimentador», del «sesgo del experimentador» o de las «características de la demanda». Este conjunto de críticas en relación con la validez interna de los experimentos originó una fuerte polémica entre quienes negaban la existencia de esos supuestos efectos (Barber y Silver, 1968), y quienes replicaban a su vez los argumentos de los anteriores (Rosenthal, 1968). En cualquier caso, la duda introducida por Orne y por Rosenthal sirvió de catalizador para el cuestionamiento crítico de la psicología social experimentalista que se desarrolló a finales de los años sesenta y principios de los setenta.

Otro de los elementos que agudizó las dudas frente al método experimental fue la dificultad en *replicar* convenientemente los experimentos psicosociales. En efecto, la replicación exitosa de un experimento, lejos de contribuir como lo creen ciertos inductivis-

tas a incrementar la verosimilitud de las conclusiones que se han alcanzado, tiene por objetivo principal confirmar la validez interna de la investigación, es decir, confirmar que el «*cierre*» del sistema se ha realizado con la suficiente estanquidad. Así es, la relación establecida mediante un experimento internamente válido cobra su verosimilitud con base en las propias condiciones experimentales y no se añade absolutamente *nada* comprobando una y otra vez la existencia de dicha relación. Sin embargo, los propios experimentalistas admiten que es prácticamente imposible replicar con éxito un experimento de psicología social:

La norma en psicología social es que no se consigue replicar los resultados... (Kenny, 1985, p. 492).

... el fracaso en replicar los resultados psicosociales, cuando lo intenta un investigador crítico, constituye más frecuentemente la regla que la excepción en el campo de la psicología social (Baumrid, 1983, p. 1290).

Estas citas, que podrían ampliarse hasta la saciedad, constituyen la más implacable de las críticas al experimentalismo en las ciencias sociales, en la medida en que cuestionan la *única* justificación que pueda tener la experimentación. En efecto, a partir del momento en que las relaciones causales quedan establecidas mediante un procedimiento que carece de validez interna porque no consigue aislar el sistema investigado, se torna perfectamente inútil recurrir a la experimentación.

b) *La polémica sobre la validez externa: los malentendidos crónicos.* Es obvio que el problema de la validez externa no merece ni siquiera ser considerado si no se tienen buenas razones para suponer que la validez interna ha sido asegurada.

Partiendo del supuesto de que se da efectivamente una suficiente validez interna, muchos investigadores han reprochado insistentemente a los experimentalistas su incapacidad para poder extraer *conclusiones generalizables* a las situaciones de la *vida real*:

Sin duda, las acciones de los participantes en un experimento constituyen, en parte, una función de la estructura de laboratorio. En la medida en que ésta es radicalmente distinta de la estructura fuera al laboratorio... es escasamente probable que se descubra nada que pueda ser transferido a las situaciones de la vida real (Harré y Secord, 1972, p. 60).

Esta manifestación es sin duda representativa de una corriente de opinión, bastante extendida entre los psicólogos socia-

les, que no concibe otra justificación para la investigación que la de explicar «la vida real, de la gente real, en un mundo real». Esta corriente de opinión aceptaría la experimentación en la medida en que sus resultados fuesen efectivamente generalizables a las situaciones reales. Para que esto fuese posible, se argumenta que las situaciones experimentales deberían perder algo de su *artificialidad*, acercándose lo más posible a las «situaciones naturales». Hace años, Egon Brunshwick ya había abogado en favor de ciertas violaciones de las reglas impuestas por el diseño factorial con el fin de incrementar la «*validez ecológica*» de las investigaciones (Brunshwick, 1955), pero su propuesta puede ser subsumida sin mayores distorsiones bajo la exigencia, más general, de una mayor «*validez externa*» de los experimentos.

A pesar de la simpatía que me merece la pretensión de explicar «la vida real de las personas reales», no tengo más remedio que reconocer, junto con los experimentalistas, que la exigencia de validez externa *carece de sentido*.

En efecto, por propia definición, *ningún* experimento puede ser representativo de la vida real, ni tiene sentido alguno perseguir ese tipo de objetivo. La fuerza del método experimental, sea cual sea su campo de aplicación, radica precisamente en su *artificialidad deliberada* y en su ruptura con las condiciones en que se dan los fenómenos «en situación natural»:

... la artificialidad es la fuerza, y no la debilidad de los experimentos (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 256).

En efecto, no es solamente que las situaciones naturales encierren demasiadas interacciones para que se puedan discernir las relaciones causales, sino que, según las concepciones «realistas» de la causalidad, es obvio que las situaciones naturales puedan impedir literalmente que aparezcan ciertas relaciones de causalidad *efectivamente existentes*. El propio Rom Harré ha contribuido a reabilitar una *concepción no-humana* de la causalidad, expresada en términos de los «poderes» generativos que existen efectivamente en la propia estructura de la realidad y que pueden, eventualmente, no producir manifestaciones empíricamente observables simplemente porque otras «causas» interfieren con ellas y neutralizan sus posibles manifestaciones. Es tan sólo en situaciones absolutamente «*antinaturales*» donde se pueden conseguir evidencias de esas causas «realmente» existentes. El hecho de que los experimentos no puedan «decir» nada sobre las situaciones naturales

constituye una de sus características definitorias y es, por lo tanto, absurdo «pedir peras al olmo». La función y la utilidad de los experimentos radica *exclusivamente* en su capacidad de contrastar empíricamente unas hipótesis, preferentemente causales, derivadas de teorías y «decirnos» algo que no versa sobre la realidad *si no sobre las teorías que elaboramos para explicar la realidad*:

Los experimentos de laboratorio se orientan manifiestamente hacia la contrastación de hipótesis causales (Berkowitz y Donnerstein, 1982, p. 247).

... ante un experimento no debemos preguntarnos si representa bien la realidad, sino qué teoría se supone que representa y si la representa bien (Grisez, 1975, p. 87).

Al argumentar a favor del método experimental, tomamos como axioma que la finalidad para la cual este método se adecua mejor es la de contrastar teorías más que describir el mundo tal y como es (Aronson, Brewer y Carlsmith, 1985, p. 443).

El único uso legítimo del laboratorio es la contrastación de teorías (Webster y Kervin, 1971, p. 268).

En este sentido lo que sí conviene potenciar es el «*realismo experimental*», es decir, el grado en que el experimento es capaz de suscitar respuestas «auténticas» por parte de los sujetos, y no el «*realismo mundano*» por el que abogan los exponentes de la validez externa (Carlsmith, Ellsworth y Aronson, 1976).

Señalemos de paso que la reacción de los experimentalistas es a veces contradictoria con sus propios principios, como cuando Jones plantea por ejemplo que:

el objetivo último de la psicología social consiste en predecir la conducta en el entorno natural... (Jones, 1985, p. 66).

pues es obvio que si la conducta fuese predecible en situaciones naturales, sobraría el recurso a la artificialidad de los experimentos.

O como cuando Henshel afirma que:

siempre que se observe en el laboratorio un efecto potencialmente benéfico, el objetivo debería ser hacer que el mundo externo se asemejara al laboratorio, y no que el laboratorio se asemejara al mundo externo (Henshel, 1980, p. 475).

es obvio que si se puede conseguir lo más difícil (asemejar la realidad «natural» al laboratorio), también se puede conseguir lo más fácil (la relación inversa), y se da con ello argumentos a quienes defienden el principio de la validez externa.

En esta misma línea de intentar dar respuesta a las exigencias de una validez externa, se ha dibujado una tendencia a recurrir a los *diseños cuasiexperimentales* (Campbell y Stanley, 1963) y a los *experimentos en situaciones «naturales»*. Sean cuales sean las ventajas que proporcionan estos métodos, y es indudable que presentan un interés sustantivo (Deconchy, 1981), está claro que no pueden satisfacer ni a las exigencias de la experimentación propiamente dicha, ni a las exigencias de la validez externa. William McGuire, uno de los máximos defensores de los experimentos en situación «natural» como forma de remediar las críticas que se dirigieron hacia la experimentación del laboratorio, ha reconocido hace algún tiempo su equivocación:

En un período anterior pensé que esta concepción del investigador en términos de un hábil creador de artefactos que forja confirmaciones para su teoría en el laboratorio podría ser corregida trasladando la investigación hacia contextos «naturales»... Sin embargo, pronto me di cuenta que este traslado tan sólo alentaría al brillante joven investigador a dejar de ser un director de teatro en el laboratorio para convertirse en un «descubridor» de mundos naturales. Los Departamentos orientados hacia la experimentación de campo acabarían formando investigadores con una sensibilidad particular para descubrir aquellos contextos naturales más adecuados para hacer que tal o cual hipótesis se confirme efectivamente (McGuire, 1983, p. 16).

En definitiva, el problema de la «validez externa» de los experimentos es un *falso problema* del que los experimentalistas no deberían preocuparse. Lo que importa efectivamente es que sus teorías sobre la realidad social sean adecuadas y puedan ser mejoradas por medio de la experimentación. Pero que no se malinterprete el espaldarazo que estoy dando a los experimentalistas en la cuestión de la validez externa. En efecto, el método experimental se enfrenta en el campo de las ciencias sociales con suficientes problemas para que no se le instruyan además falsos procesos que no hacen sino consolidar el sentimiento que tienen muchos experimentalistas de que se les ataca injustamente. Las cuestiones básicas apuntan a la validez interna de las investigaciones, al significado real de las operaciones que se realizan en las situaciones de laboratorio, y, por fin, a la adecuación del método experimental para contrastar efectivamente el valor de las teorías. Ya veremos que, sobre todos estos puntos, el experimentalismo se encuentra en una posición extremadamente delicada.

La polémica sobre las pruebas de significación

Como ya he insinuado, existen razones obvias para considerar que la experimentación con «objetos» dotados de un sistema nervioso central, y especialmente con sujetos humanos, nunca puede satisfacer la exigencia básica del propio método experimental, es decir, la cerrazón absoluta del sistema bajo estudio y la garantía de que sólo variarán las variables que están controladas por el experimentador. Como hemos visto, la solución para paliar la imposibilidad de controlar exhaustivamente el sistema pasa por *aleatorizar* todas aquellas características que escapan a los mecanismos de control, y trabajar con un número de sujetos suficientes para que esta aleatorización ofrezca buenas garantías de que no se manifestarán sesgos sistemáticos en la constitución de las situaciones. La utilización de «*poblaciones de sujetos*» y el consiguiente paso a formulaciones en términos *probabilísticos* permite, según los defensores del método experimental, acercar suficientemente la experimentación con seres humanos a los cánones del método experimental. Aun así, tanto el irreductible *margen de imprecisión* de los propios instrumentos de medida, como la nunca perfecta equidistribución de las variables aleatorias, introducen una cierta *varianza perturbadora* en las situaciones sometidas a examen. Es preciso, por lo tanto, calibrar la magnitud de este «*ruido*», inevitablemente introducido en toda experimentación, y averiguar si las diferencias observadas después de los tratamientos experimentales son imputables al mencionado ruido, o si se pueden considerar efectivamente como resultantes de esos tratamientos. Para averiguarlo se dispone precisamente de los «*test de significación*». Se trata, como es sabido, de técnicas estadísticas que combinan ciertos principios de las teorías de la probabilidad con una serie de parámetros que reflejan los procedimientos de constitución de los grupos experimentales, y que permiten conocer la probabilidad de que las diferencias efectivamente observadas pudieran manifestarse aunque el tratamiento no hubiera tenido ninguna efectividad y aunque las situaciones fuesen, en realidad, exactamente *idénticas* antes y después de los tratamientos, o a través de los diversos tratamientos. En otras palabras, se trata de saber si la magnitud del «ruido» presente en las situaciones experimentales es suficiente para engendrar por sí solo las diferencias observadas. La *hipótesis nula* es precisamente la hipótesis de que no se han producido diferencias de las que no puedan dar cuenta, con una probabilidad determinada, los propios factores de «ruido» que están presentes en

la situación. Si se confirma la hipótesis nula, es evidente que *nada* se puede decir en cuanto a una eventual relación entre las variables explicativas que interesan al investigador. Estos procedimientos estadísticos conocidos por cualquier alumno de psicología plantean, sin embargo, una serie de problemas importantes que analizaré a continuación.

La «paradoja de Meehl» y la «falacia» de la hipótesis nula. El hecho de que la experimentación psicosocial tenga que pasar por el uso de pruebas de significación más o menos sofisticadas conduce a una *situación paradójica* que, como ha señalado Paul Meehl, contrapone radicalmente los efectos del *perfeccionamiento de los instrumentos de investigación* en el campo de las ciencias naturales y los efectos de estos mismos perfeccionamientos en el campo de las ciencias sociales.

Es conocido que, en el caso de las ciencias naturales, los efectos del progreso técnico y metodológico van claramente en dirección a *incrementar* las exigencias que pesan sobre la corroboración de las teorías. Sin embargo, en ciencias sociales, estos efectos permiten, por el contrario, que las teorías sobrevivan más fácilmente a los intentos de contrastación empírica. En otras palabras, y dicho con mayor crudeza, el progreso metodológico es un acicate para el progreso teórico en ciencias naturales, pero constituye un freno para ese progreso en ciencias sociales. Para entender claramente esta paradoja es preciso analizar antes la función que desempeñan los test de significación y la hipótesis nula en la experimentación psicosocial (Morrison y Henkel, 1970).

Para poder afirmar que existe efectivamente una relación entre las variables explicativas y que ésta va en dirección a lo que predicen sus hipótesis, el experimentador debe tomar una decisión en cuanto a si sus datos permiten rechazar la hipótesis nula. Tratándose de un planteamiento de tipo probabilístico, es obvio que cualquier decisión encierra un cierto margen de riesgo y que el investigador puede equivocarse cometiendo el *error de tipo I*, es decir, rechazar la hipótesis nula cuando en realidad es válida (sesgo a favor de su propia hipótesis), o el *error de tipo II*, que consiste en aceptar la validez de la hipótesis nula cuando en realidad ésta no es correcta (sesgo en contra de su propia hipótesis). Es bien conocido que la política de publicación seguida por las revistas constituye un premio a los errores de tipo I, puesto que se publican preferentemente las investigaciones cuyos datos incitan a descartar la hipótesis nula. ¿Pero de qué depende que se consiga descartar efectivamente la hipótesis nula?

Por su propia naturaleza, la hipótesis nula resulta de una serie de parámetros que son totalmente independientes del valor de las teorías sometidas a prueba y sobre las cuales el investigador puede intervenir libremente para incrementar las probabilidades de rechazar la hipótesis nula.

La distribución de resultados significativos y no significativos constituye un arbitrario y complejo artefacto de 8 factores metodológicos ampliamente independientes de la verosimilitud de la teoría... (Meehl, 1986).

Estos ocho factores están relacionados con la validez de constructo de las medidas y con su confiabilidad, con el tipo de diseño experimental, con la potencia de las pruebas estadísticas utilizadas, con la verosimilitud de las teorías auxiliares a las que se recurre, con la presencia y la magnitud de interacciones de orden elevado, con la talla de los grupos experimentales y hasta con las políticas de publicación.

Este conjunto de factores ha impulsado a muchos autores a cuestionar el sentido que tiene la operación misma de aceptar o rechazar la hipótesis nula.

Se sabe por lo general que las hipótesis nulas, o de ausencia de diferencias, son falsas antes incluso de que se recojan los datos; cuando lo son, su rechazo o su aceptación refleja simplemente el tamaño de la muestra y el poder del test, y no es ninguna contribución a la ciencia (Savage, 1957).

Lo que quizás ha llamado más la atención de los investigadores es que es suficiente con *incrementar la potencia de los test de significación* para que una investigación pase de ser inconclusiva, en cuanto a los efectos previstos, a constituir una clara demostración de que las hipótesis del experimentador son efectivamente correctas. Como esta potencia constituye una función directa y monótona del tamaño de la muestra basta con incrementar la talla de los grupos que se utilizan en cada condición experimental para mejorar la probabilidad de que se confirmen las propias hipótesis (Cohen, 1962):

... el hecho de que la hipótesis nula sea rechazada constituye simple y exclusivamente una función de la potencia estadística (Meehl, 1986, p. 326).

La hipótesis nula es siempre falsa en la psicología blanda, con lo cual la probabilidad de refutarla depende solamente de la sensibilidad del experimento, es decir, de su

diseño lógico, de la validez de constructo de las medidas y, sobre todo, del tamaño de la muestra, puesto que es quien determina el punto en que nos hallamos a la función de potencia estadística. Diciéndolo brutalmente, si Ud. dispone del suficiente número de casillas y si sus medidas no son totalmente inválidas, la hipótesis nula será siempre refutada, independientemente de la verdad de la teoría sustantiva (Meehl, 1978, p. 822).

Si... disponemos de una muestra grande... podemos casi siempre encontrar que la relación entre dos variables cualesquiera es mayor que cero. Ésta es una consecuencia de las interrelaciones multivariadas y muy complejas de las variables sociales (Kish, 1975, p. 233 de la traducción presentada en Alvira, Avia, Calvo y Morales, 1979).

Por poco que exista cualquier desviación en relación con la hipótesis nula en una población, *no importa cuán pequeña* —y no hay duda de que tal desviación existe habitualmente—, un número suficientemente elevado de observaciones conducirá al rechazo de la hipótesis nula (Bakan, 1966, p. 426).

La razón estriba en que cualquier diferencia, por mínima que sea, introduce una constante en el numerador de t , y como el denominador, es decir, la medida de la variabilidad, decrece cuando se incrementa el número de sujetos, siempre se llegará a un momento en que el valor de t será suficientemente alto para refutar la hipótesis nula.

Bien es verdad que también se han levantado algunas voces para defender el sentido de las pruebas de significación en los experimentos. En efecto, si «de verdad» no existe relación entre las variables explicativas, y si el experimento está bien diseñado, no hay razón para que aparezca una constante en el numerador de la prueba estadística y para que esto conduzca a una refutación sistemática de la hipótesis nula. En teoría, si se cumplen las condiciones de validez interna y de ausencia de efectos entre variables explicativas, se puede incrementar indefinidamente el número de sujetos sin que crezca la probabilidad de obtener una diferencia significativa (Oakes, 1975). Pero esta argumentación subestima la importancia de dos factores cruciales. En primer lugar, es muy poco probable que, tratándose de sujetos humanos, dos variables cualesquiera no presenten interacciones, aunque sean interacciones de orden muy elevado. En segundo lugar, los experimentadores no eligen aleatoriamente sus variables, sino que lo hacen con base en que disponen de ciertos ar-

gumentos teóricos para pensar que están relacionadas entre sí. Sus teorías deberían ser, por lo tanto, extraordinariamente inverosímiles para que llegaran a postular una relación allí donde no existe la más mínima conexión entre variables. Como lo dice Meehl, incluso las teorías psicológicas de su inculta abuela tenían un mínimo de verosimilitud!

Por lo tanto, *siempre* existe un determinado efecto diferenciador imputable a los diversos tratamientos y el único problema radica en que esta diferencia pueda no ser *detectada*, ya sea porque no se utilizan pruebas estadísticas suficientemente potentes, ya sea porque se deja penetrar demasiado «ruido» en la situación experimental, es decir, porque el experimento está mal concebido y/o mal controlado. Si esto es cierto, es obvio que la detección de efectos significativos depende simplemente de la *ingeniosidad* del investigador más que de la validez de sus teorías:

Disponiendo de los suficientes conocimientos culturales, sería posible engendrar evidencia (empírica) a favor de cualquier hipótesis razonable así como de su antítesis (Gergen, 1978, p. 1.352).

Dado el amplio margen de elección para seleccionar la forma en que una determinada hipótesis puede ser testada, es muy difícil que el investigador que busca respaldo para esa hipótesis seleccione un conjunto de operaciones empíricas que no sean susceptibles de proporcionar ese respaldo (*id.*).

Puede darse por seguro que siempre puede encontrarse un conjunto de circunstancias para confirmar cualquier relación que se pueda formular... con tal que el investigador tenga el suficiente empeño... habilidades, recursos... tarde o temprano encontrará o constituirá un contexto situacional en que la relación predicha emerja de forma creíble (McGuire, 1983, p. 16).

Quizá sea debido a la confusa certidumbre de que las diferencias *siempre* existen por lo que las revistas no aceptan publicar aquellas investigaciones donde no se consigue rechazar la hipótesis nula. En efecto, existe el sentimiento muy generalizado de que la confirmación de la hipótesis nula significa que han existido importantes fallos en la realización o en el planteamiento de la investigación, y que los resultados inconclusivos se deben achacar a la propia *incompetencia* del experimentador. Es cierto en efecto, que la incapacidad para controlar las perturbaciones en un experimento

introduce una serie de errores asistemáticos que hacen prácticamente imposible la aparición de diferencias significativas. También es cierto que, si las revistas aceptaran sin más los resultados no significativos, sería muy fácil producir muchos artículos en muy poco tiempo, bastaría con realizar malos experimentos o con formular hipótesis descabelladas.

Sin embargo, cuando se recurre a este tipo de argumentos, se olvidan dos cosas de primera importancia. En primer lugar, se pasa por alto el hecho fundamental de que el rechazo de la hipótesis nula, por su misma trivialidad y por lo que implica a nivel sustantivo, no aporta ninguna indicación sobre la verosimilitud o el interés de las teorías sustantivas:

Es importante mantener claramente la distinción entre la teoría sustantiva que nos interesa y las hipótesis estadísticas que derivamos a partir de ella (Meehl, 1967, p. 107).

... el hallazgo de una significación estadística es quizá la característica menos importante de un buen experimento: *nunca* constituye una condición suficiente para concluir que una teoría ha sido corroborada, que se ha establecido con suficiente seguridad un hecho empíricamente útil —ni que el informe del experimento merece ser publicado— (Lykken, 1968, p. 150).

El hecho de mantener siempre una clara diferenciación entre las «hipótesis estadísticas», por una parte, y las «hipótesis científicas», por otra, constituye una exigencia irrenunciable a la que muchos investigadores no prestan, sin embargo, la menor atención (Bolles, 1962).

En segundo lugar, lo que olvidan también quienes critican la posible falta de competencia de los investigadores que no consiguen obtener datos significativos es que la refutación de la hipótesis nula no significa, ni mucho menos, que se haya realizado una investigación de calidad. En efecto, si bien es cierto que el investigador inexperto introduce errores asistemáticos («ruido») en el experimento, también es verdad que el investigador cualificado es propenso a introducir *errores sistemáticos* que reducen indebidamente el «ruido», con la consiguiente amplificación de las diferencias a favor de su propia hipótesis (Greenwald, 1975b). Ahí están las controvertidas afirmaciones de Rosenthal y de Orne para recordarnos que el experimentador dispone de muchos recursos para crear «inadvertidamente» las diferencias que espera encontrar.

Sin olvidar que con cierta frecuencia la principal función del análisis de datos en psicología social no es otra que la de san-

tificar las conclusiones de los investigadores, es decir, otorgarles los signos distintivos que les aseguran la respetabilidad científica (Tukey, 1969). El conjunto de las consideraciones avanzadas hasta aquí permite entender por qué ciertos autores no han dudado en hablar de «*la falacia de la hipótesis nula* de las pruebas de significación» (Rozebaum, 1960).

Tras este análisis, estamos ahora en posición de entender con mayor precisión el «efecto paradójico» señalado por Meehl. En efecto, si tomamos el ejemplo paradigmático de la física, podemos constatar que los incrementos en la potencia del instrumental técnico utilizado en las investigaciones obliga a formular teorías más rigurosas y, de algún modo, incrementa la posibilidad de que estas teorías no consigan pasar el test de la experiencia y deban ser *reformuladas*. Esto se traduce en definitiva en un constante desarrollo de los conocimientos. La razón de esta situación es que los físicos realizan predicciones en las que, o bien se precisa la forma exacta que debe adoptar una determinada función, o bien se estipulan valores numéricos «puntuales» que dicen cuál debería ser el valor exacto registrado si la hipótesis fuera cierta. La mayor precisión de los instrumentos disminuye la probabilidad de que se verifique exactamente el valor puntual que se ha pronosticado, puesto que se incrementa la sensibilidad para detectar posibles diferencias que pasarían desapercibidas con un instrumento menos fino. En el experimento psicopsicológico no se recurre por supuesto a tales predicciones puntuales y ni siquiera se predicen intervalos numéricos definidos. Lo único que se postula es que existe una relación entre unas variables independientes cuya ortogonalidad se ha comprobado. Es fácil entender entonces que cualquier incremento en la potencia de los instrumentos estadísticos y en la precisión de los instrumentos de medida se traducirá simplemente por una *mayor probabilidad* de detectar las diferencias o las interacciones, acrecentando de esta forma el apoyo empírico a las hipótesis teóricas. En otras palabras, la refutabilidad de las teorías físicas crece con los adelantos técnicos mientras que la refutabilidad de las teorías psicosociales disminuye con los adelantos de la instrumentación técnica. No es preciso suscribir en su integridad la tesis popperiana sobre la refutación para intuir que esta paradoja plantea un importante problema para la investigación experimental en psicología social.

Es preciso reconocer, sin embargo, que la creciente sofisticación estadística de la psicología social permite abordar de forma

más satisfactoria el problema de las interacciones entre variables y estudiar por lo tanto fenómenos menos simplistas que los que se estudiaban hace tan sólo veinte años. Pero esto no quita que el problema de fondo seguirá siendo el mismo mientras la confirmación de las hipótesis sustantivas se asiente básicamente sobre pruebas estadísticas de significación. Una de las soluciones que se han sugerido consiste en especificar de antemano la *magnitud* de los efectos esperados y de considerar que la hipótesis ha sido refutada si no se consiguen dichas magnitudes, por mucho que las pruebas de significación nos digan que las diferencias observadas son efectivamente significativas.

En cualquier caso, parece que se haya acabado la época en que los asteriscos indicadores de la confianza con la cual se podía asegurar que los datos no se debían al azar, connotaban, como si de un hotel se tratase, la excelencia de la investigación realizada y la solidez de las hipótesis sustantivas «verificadas» en la investigación.

Las polémicas sobre la inadecuación del método experimental en ciencias sociales

Los problemas planteados al método experimental no se agotan con el cuestionamiento de la validez, ni con la contestación del sentido que tienen sus demostraciones estadísticas. Otros frentes, igualmente devastadores, se han abierto en relación con diversos temas problemáticos. Pero todos ellos hacen referencia en última instancia a la contribución que puede aportar el método experimental para la elaboración de conocimientos científicos, y, más precisamente, a su adecuación para una eventual *contrastación de los conocimientos teóricos*.

El modelo epistemológico en que se inserta el método experimental es obviamente el modelo *hipotético-deductivo* según el cual se deducen hipótesis empíricamente contrastables a partir de formulaciones teóricas y se reinyectan los resultados conseguidos, por medio de dichas contrastaciones, en el propio corpus teórico para corregirlo, mejorarlo o, eventualmente, descartarlo. Es precisamente ese modelo el que ha sido acusado de promover «efectos corruptores» sobre la investigación psicosocial (McGuire, 1986), y de convertir toda la investigación psicosocial que se inspira en los procedimientos experimentales en un mero rito desprovisto de interés sustantivo.

Una de las primeras exigencias que plantea el método hipotético-deductivo es que las contrastaciones empíricas sean efectivamente capaces de corroborar o de refutar las afirmaciones teóricas, conduciendo eventualmente a su abandono. Sin embargo, Gergen constata con toda la razón que *ninguna* de las teorías elaboradas en psicología ha sido abandonada en razón de haber sufrido disconfirmaciones fácticas (Gergen, 1986).

Existen varias razones que permiten entender lo que parece constituir una grave «anomalía» en relación con el funcionamiento «normal» del modelo hipotético-deductivo. En primer lugar, es bien conocido que no se puede deducir un enunciado observacional a partir de una teoría sin recurrir simultáneamente a toda una serie de supuestos «auxiliares». Lo que se somete a contrastación empírica no es, por lo tanto, un elemento observacional «Q» deducido directamente de una teoría «T», sino un conjunto «(A,Q)» compuesto por la implicación «Q» de la teoría y por una serie de supuestos auxiliares «A» que sustentan el proceso mismo de la traducción empírica de «T» en el elemento «Q». Por ejemplo, toda observación presupone unos criterios previos acerca de lo que se acepta como evidencia observable, sobre lo que se acepta como «un hecho empírico» y sobre la validez de las indicaciones proporcionadas por los instrumentos de observación. En consecuencia, nunca se contrasta la relación $T \rightarrow Q$, sino la relación $T \rightarrow (A,Q)$. Las reglas de la lógica formal nos indican claramente que, si se produce una disconfirmación de (A,Q) no se puede sacar ninguna conclusión, mediante el «modus tollens», acerca de la negación de «T». En efecto, no hay manera de decidir si es efectivamente «Q» el que ha sido refutado, con lo cual se demostraría la falsedad de «T», o si ha sido «A», con lo cual la negación de «T» constituiría una falacia (Meehl, 1978).

Este problema, que afecta por supuesto a todos los campos del saber científico donde se aplica el modelo hipotético-deductivo, adquiere en ciencias sociales una trascendencia particular, no sólo por el impresionante acopio de *teorías auxiliares* al que es preciso recurrir en la investigación, sino también por la propia naturaleza de esas hipótesis auxiliares que carecen por lo general de la sustentación teórico-empírica que las caracteriza en otros sectores de la ciencia. Las consecuencias del peculiar «contexto de hipótesis auxiliares» que acompaña a la investigación psicosocial son claras. En efecto, lo que suele producirse cuando una hipótesis ha sido disconfirmada en un experimento es simplemente que se atri-

buye el fallo a las hipótesis auxiliares y que se procede a una reformulación de la investigación para conseguir finalmente encontrar evidencias a favor de la hipótesis.

En esta misma línea, conviene señalar que tampoco cabe la posibilidad de diseñar investigaciones susceptibles de dirimir la oposición entre teorías contrapuestas, como bien se ha visto en las polémicas que enfrentaron la Teoría de la Disonancia cognitiva y la Teoría de la Autopercepción, en la medida en que la base *interpretativa* de los resultados obtenidos es demasiado amplia y presupone la aceptación previa de elementos que pertenecen a la propia teoría que se pretende contrastar. Si la única justificación para la experimentación consiste en la contrastación de hipótesis teóricas, como lo proclaman los propios experimentalistas, y si esta contrastación no es posible en términos mínimamente rigurosos, entonces la conclusión parece imponerse por sí misma...

Otras dudas que se han planteado en relación con el modelo hipotético-deductivo en psicología social hacen referencia a la *operacionalización* de los conceptos teóricos tal y como se realiza en las investigaciones habituales. No se trata exactamente del problema de la validez de constructo, aunque de alguna forma es posible subsumir esta cuestión bajo dicha problemática. En efecto, analizando los *procedimientos retóricos* que utilizan los investigadores en sus informes de investigación. Gergen muestra por ejemplo cómo se pasa desde unos términos que definen entidades teóricas que sólo tienen sentido en el marco de una determinada teoría y para los conocedores de esa teoría, a unos términos pretendidamente operacionales que otorgan, por así decirlo, el *espesor* de la vida misma a las entidades teóricas, *anclándolas* en el lenguaje profano o de sentido común. Hacia el final del informe, cuando se comentan los resultados, se vuelven a utilizar nuevamente los términos teóricos que se mencionaban en un principio. Este doble proceso de *concretización* primero, pasando de los términos teóricos a los términos profanos, y de *abstracción* después, pasando desde el lenguaje cotidiano al lenguaje de la teoría, permite reificar las entidades teóricas, creando el sentimiento de que constituyen efectivamente *descripciones* válidas de la realidad. En otras palabras, se trata de un procedimiento a través del cual se dota de una base *referencial* a los términos teóricos, con la particularidad de que, a lo largo de ese proceso, se enmascara el carácter puramente *convencional* de la referenciación y se utiliza luego esta base referencial puramente «construida», como si se tratase de una *categoría «natural»* que la

entidad teórica se limita a denominar de un modo particular. Al final del proceso no queda ya ninguna duda de que la entidad teórica se corresponde efectivamente con un elemento de la propia realidad. Así por ejemplo, la entidad puramente teórica «disonancia cognitiva» se operacionaliza en términos del lenguaje cotidiano, de todos conocido, y obviamente anclado en la realidad más palpable, tales como «comer», «cantidad», «espinacas», etc. Una vez que se ha constatado que los sujetos sometidos a cierto tratamiento experimental «comen efectivamente una mayor cantidad de espinacas» que los demás sujetos, se vuelve al discurso teórico traduciendo esa constatación empírica en términos de un supuesto «proceso de reducción de disonancia cognitiva». Los sujetos ya no han comido más espinacas que los demás, sino que han experimentado una «mayor disonancia». Lo mismo ocurre con el «autoconcepto», con la «indefensión aprendida» o con «los esquemas cognitivos» por citar unos pocos ejemplos:

Definiendo operacionalmente los términos teóricos, el investigador consigue un medio para definir el misterioso lenguaje (de la teoría) en términos de predicados reales... Si el término teórico X es equivalente al término del mundo real Y, y si se demuestra que Y existe, entonces se concluye que X también existe... A medida que se desarrolla la discusión final en el informe de investigación, se constata generalmente la completa supresión de los términos del lenguaje cotidiano. Los términos teóricos se tratan entonces como si poseyeran un estatus ontológico absolutamente legitimado (Gergen, 1989).

Uno de los problemas de la psicología social radica efectivamente en la extraordinaria flexibilidad de las relaciones que unen los conceptos teóricos con sus traducciones operacionales; ninguna rigidez constriñe el ingenio del experimentador para formular cuáles son los referentes empíricos que pueden servir de indicadores para dar cuenta de las manifestaciones del fenómeno teóricamente definido. El carácter extremadamente tenue de los lazos que conectan una entidad teórica con sus expresiones operacionales autoriza nuevamente a plantear una pregunta y a sugerir una conclusión: si el propósito de la experimentación consiste en contrastar la validez de las formulaciones teóricas y si es cierto que las hipótesis empíricas derivadas de esas teorías se encuentran tan «débilmente» conectadas con las formulaciones teóricas, entonces... las conclusiones vuelven aquí también a imponerse por sí mismas...

Un tercer elemento crítico surge a partir del momento en que se admite que las críticas en cuanto a la falta de validez externa de los experimentos carecen de sentido y que sólo cuenta su grado de validez interna. Ya hemos visto que la condición para que exista una validez interna pasa necesariamente por «cerrar» cuidadosamente el sistema sometido a estudio, *aislándolo* de tal forma que las variaciones que se producen en el exterior carezcan de influencia sobre él. Con estas constricciones, la condición para que el experimento no constituya un simple ritual metodológico pasa necesariamente por el hecho de que las variables estudiadas en el laboratorio *mantengan su identidad* (Greenwood, 1982). La situación de laboratorio puede ser todo lo artificial que se quiera, y cuanto más mejor, pero lo que no debe ocurrir es que el necesario aislamiento del sistema *altere* los fenómenos estudiados. Si esto se produjera, es evidente que lo que en realidad se estaría investigando no tendría nada que ver con lo que se pretende investigar. Es como si un químico pretendiese estudiar las propiedades de la molécula de agua y en su laboratorio sólo estudiase por separado las propiedades del oxígeno y del hidrógeno. La cuestión que muy acertadamente han planteado una serie de autores, como por ejemplo Harré, consiste en saber si las variables sociales no cambian de identidad cuando, para poder estudiarlas experimentalmente, se las aísla de su contexto (Harré, 1977). La distinción que establece Harré entre *ciencias paramétricas* y *ciencias estructurales* parece clarificadora para llegar a una conclusión. Las ciencias sociales son, según Harré, ciencias estructurales, es decir, ciencias cuyos objetos de estudio se caracterizan por el hecho de estar estructurados por «variables internamente relacionadas». Esto significa que cada variable adquiere parte de su identidad en función del conjunto de relaciones que la ligan a otras variables, y que esta identidad sólo puede definirse adecuadamente en los términos precisos de la red relacional que la enmarca. Así por ejemplo, la variable puramente conductual «un apretón de manos» no es definible, en lo que la caracteriza esencialmente, si se desconocen las relaciones que la unen a las otras variables situacionales. Es obvio efectivamente que sellar formalmente el acuerdo que dos personas se comprometen a respetar no es la misma variable que el «apretón de manos» que dos amigos se dan al despedirse. Lo propio de las variables internamente relacionadas es que no se prestan a las operaciones de aislamiento exigidas por la situación experimental. Por tercera vez nos encontramos, por lo tanto, con

la misma pregunta y con la misma conclusión. Si el laboratorio exige el aislamiento de las variables e incluso su ortogonalización, y si estas operaciones alteran radicalmente el fenómeno que se pretende estudiar, entonces... la conclusión vuelve a imponerse por su propio peso...

En definitiva, parece que las aporías con las que tropieza el método experimental son demasiado numerosas e importantes para albergar esperanzas razonables de que su utilización en el campo de las ciencias sociales pueda contribuir a la explicación de la realidad social. Esto no significa, sin embargo, que la experimentación esté totalmente desprovista de interés. En efecto, la experimentación puede utilizarse perfectamente como un *procedimiento heurístico* que ayude a engendrar ideas teóricas. Así es, el proceso de la elaboración teórica sigue siendo un proceso muy escasamente conocido, pero es razonable pensar que utiliza una serie de «muletillas» y de «heurísticas» más o menos formales para alimentar su propio desarrollo. El experimento puede constituir sin duda alguna una de esas «muletillas». Sin embargo, lo que parece estar radicalmente fuera de su alcance es sencillamente producir conocimientos válidos, contrastar la validez de las teorías, y mucho menos fundar sobre bases sólidas el conocimiento psicosocial.

4. ELEMENTOS DE REFLEXIÓN

Tras el recorrido efectuado a través de los problemas metodológicos de la psicología social, es preciso extraer una serie de conclusiones, o por lo menos algunos elementos de reflexión, que permitan completar nuestro acceso a la inteligencia de la psicología social y acabar de perfilar lo que, tradicionalmente, se suele denominar como «el concepto» de la disciplina.

No es preciso ser un especialista de la teoría de la categorización social, ni un profundo conocedor de la sociología de la ciencia, para entender que las divisiones disciplinares, académica y científicamente consagradas, promueven un afán *diferenciador* que puede conducir a derramar mucha tinta para perfilar la *especificidad irreductible* de cada disciplina. Sin embargo, por encima de las fronteras disciplinarias, el objetivo de la psicología social *no se diferencia en lo fundamental* del objetivo perseguido por las demás ciencias sociales, y particularmente por las que le son más cercanas. Se trata simplemente de intentar *dar cuenta de la realidad so-*

cial, de comprender tan rigurosamente como sea posible cuál es su naturaleza, tanto en el plano *ontológico* como en el plano del *tipo de conocimiento* que requiere su dilucidación. Esto implica que se preste una atención particular a los mecanismos mediante los cuales *se construye, se produce, se reproduce y se transforma* esa realidad social, centrando la mirada sobre las conductas y las acciones de los agentes sociales, pero también sobre su propia «*forma de ser*» en lo que comporta de determinantes sociales.

Por otra parte, la propia evolución reciente de los planteamientos que se formulan en sociología y en psicología ayuda considerablemente a definir cuál puede ser la *contribución específica* de la psicología social a ese empeño común por dilucidar la realidad social y la naturaleza social del ser humano. En efecto, el creciente reconocimiento de la imposibilidad de separar el «individuo» y la «sociedad», es decir, en definitiva, la creciente conciencia de los efectos distorsionantes que la *dicotomía individuo-sociedad* ha ejercido sobre la investigación social, se une al énfasis puesto sobre los *procesos mentales «superiores»* y sobre las *actividades simbólicas*, para dibujar el tipo de problemática en la que debería centrarse la psicología social. En relación con el primero de los aspectos que acabo de mencionar, todo apunta a que la realidad social no puede entenderse con independencia de las *actividades tangibles y concretas de los individuos en sus quehaceres cotidianos*, de la misma forma que, a su vez, estas actividades pierden su inteligibilidad si se les contempla con independencia del *marco en el cual se desarrollan y del cual participan como elementos constitutivos*. En relación con el segundo de los aspectos mencionados, es obvio que estas actividades cotidianas presuponen la *constante intervención de los mecanismos de pensamiento en sus más altos niveles de expresión*.

Esta mirada centrada en el individuo pero equipada, conceptual y metodológicamente para ver en él la «*dimensión social*» que le instituye como tal, y que él mismo también instituye como tal, constituye el signo de identidad de la psicología social.

Lo que pueda resultar de esta mirada psicosocial en cuanto a conocimiento sistemático no puede formularse en términos nomotéticos ni en objetivos de predicción de las acciones sociales. Tan sólo puede tratarse, y ya es mucho, de un conocimiento que faculte una *comprensión* cabal de la realidad social y una *dilucidación* de sus procesos, es decir, en definitiva, un *incremento de su inteligibilidad*.

Por otra parte, sin caer en una nueva filosofía de la ilustración, me agrada pensar que esa tentativa de acceder a la inteligencia de lo

social encierra un potencial «*emancipador*», en la medida misma en que contribuye a develar los *funcionamientos ocultos*, las *determinaciones latentes* y las *causalidades imperceptibles* que caracterizan a la vida social.

Esta concepción de la psicología social descansa, qué duda puede haber de ello, en una serie de opciones, tanto epistemológicas como normativas, de carácter personal. Pero también se nutre en buena medida de las lecciones y de las conclusiones que emergen a partir de un cuidadoso examen de la *historia de la psicología social*, de sus *resultados sustantivos* y de los *problemas metodológicos* que la caracterizan.

En este sentido, los problemas metodológicos con los que se ha enfrentado, y con los que se está enfrentando la psicología social proporcionan suficientes *argumentos racionales* para defender con cierta confianza la *idea de que los procedimientos inspirados en concepciones empírico-positivistas no son adecuados para elaborar el conocimiento psicosocial*. Sin entrar aquí en consideraciones epistemológicas de orden general, entiendo que esta inadecuación esencial del método empírico-positivo se debe esencialmente a que ese método nos obliga a ignorar algunas de las dimensiones más sustantivas que entran en la definición de la naturaleza social del ser humano. Esta mutilación del objeto de conocimiento de la psicología social sólo puede desembocar en la producción de un corpus teórico incapaz de dar cuenta de lo que tiene de fundamental la dimensión social, y ni siquiera puede compensar esa incapacidad por otros logros sustantivos en el plano del conocimiento científico.

En definitiva, es la propia naturaleza del objeto de conocimiento de la psicología social la que nos indica cuáles son los procedimientos más adecuados para su esclarecimiento.

En este sentido, hay dos aspectos constitutivos de ese objeto que son inexcusables para elaborar una teoría psicosocial de la realidad social. Se trata, en primer lugar, de la «*reflexividad*» que caracteriza al ser humano y, en segundo lugar, del hecho de que el ser humano pueda ser *afectado eficazmente por los significados*.

Las consecuencias que se desprenden de estos dos aspectos tienen un alcance de indudable trascendencia. En primer lugar, se encuentran planteadas como temáticas vertebradoras de la psicología social, toda la problemática de la *construcción social de los significados*, toda la problemática de la *intersubjetividad* y toda la problemática de la «*agencia*» humana. En segundo lugar, es obvio que estas problemáticas no pueden sino «desaconsejar», por utili-

zar un eufemismo, cualquier tentativa de acercarse al objeto psicosocial a partir de los supuestos del método empírico-positivista.

Volviendo a la problemática metodológica, es preciso subrayar que, de alguna forma, los propios psicólogos sociales que utilizan la experimentación reconocen la importancia de la reflexividad y del significado, puesto que recurren la mayoría de las veces al engaño sistemático de los sujetos, ideando ingeniosos procedimientos para que éstos no perciban el significado real de la manipulación a la que se les somete. En virtud de su reflexividad, el sujeto puede, por así decirlo, distanciarse de sí mismo, mirarse desde la perspectiva de los demás y desarrollar la conducta que estime más oportuna estratégicamente. Si se quiere evitar esta consecuencia de la reflexividad, que invalidaría toda posibilidad de extraer conclusiones de la investigación, es imprescindible que el sujeto no disponga de indicadores fiables acerca del significado que conviene atribuir a la situación experimental y que, incluso, le atribuya un significado que no interfiera con las variables realmente manipuladas. En otras palabras, sólo se puede experimentar con sujetos que sean *inconscientes* de lo que el investigador les está realmente haciendo. Lo curioso es que, a través de estas precauciones, el experimentador no hace sino dar la razón al argumento hermenéutico.

Esta paradoja conduce a otra que tiene un carácter no menos preocupante: en efecto, ¿cómo sabe realmente el experimentador que ha conseguido engañar al sujeto, es decir, cómo puede tener la seguridad de que ha controlado con éxito la atribución de significados a la situación experimental? Recurriendo, como es sabido, a la entrevista postexperimental, es decir, a los comentarios que realizan los sujetos. El problema es que, con este procedimiento, el experimentador vuelve a basar parcialmente la validez de la experimentación precisamente sobre aquello mismo contra lo cual la experimentación se ha instituido, es decir, sobre la confianza otorgada a los relatos introspeccionistas de los propios sujetos.

El énfasis sobre las propiedades absolutamente diferenciadoras del objeto social y del agente social en relación con cualquier otro objeto existente en el mundo natural no debería interpretarse, sin embargo, como una adhesión al dualismo metodológico de Dilthey y de la corriente hermenéutica. La dicotomía entre naturalismo y antinaturalismo sólo se puede justificar si se considera que las ciencias *naturales* encuentran una manifestación válida en los supuestos positivistas. De no ser así, el reconocimiento de que cada tipo de objeto de conocimiento impone ciertas exigencias a los procedimien-

tos utilizados para su investigación, y que esto sucede también, como es obvio, con el objeto social, no implica en absoluto que se tenga que proceder a una partición cualitativa de la razón científica en dos categorías diferenciadas. Más allá de un debate que nos parece obsoleto entre naturalismo y antinaturalismo, el reto ante el cual se encuentra la psicología social, es el de recoger y conciliar en un enfoque original diversas aportaciones que pertenecen a orientaciones a veces contrapuestas. Me estoy refiriendo, como ya lo he indicado en la conclusión del anterior capítulo, al neopragmatismo, al realismo, a la hermenéutica, al legado del segundo Wittgenstein y a la teoría crítica, entre otras orientaciones de pensamiento. Estoy convencido de que, en el estado actual del conocimiento, la reapertura de un diálogo que permita integrar en la psicología social los aspectos más sustantivos de estas corrientes de pensamiento constituye la forma más efectiva de potenciar el progreso de esta disciplina.

Esta sensibilidad hacia nuevas perspectivas que alejan la psicología social de sus modelos dominantes, y especialmente, de su credo empírico-positivista, puede resultar inquietante para quienes exigen de esta disciplina una pronta, fiable y operativa respuesta para enfrentarse a los problemas sociales que aquejan a nuestras sociedades. Es obvio que el camino que sugiero es un camino incierto, probablemente lento, y que no ofrece ninguna seguridad en cuanto a que sea realmente practicable y pueda conducir a soluciones satisfactorias. Sin embargo, frente a los escollos que se acumulan en los caminos más habitualmente transitados por la psicología social, merece la pena por lo menos intentar la aventura.

En cualquier caso, se trata actualmente de la manera más segura de fomentar el carácter *acumulativo* de los saberes psicosociales, en un sentido particular que Cronbach definió con sugerentes palabras:

En mi opinión, las ciencias sociales son acumulativas, pero no en el sentido de poseer conocimientos siempre más refinados sobre cuestiones permanentes, sino en el sentido de poseer un repertorio cada vez más rico de preguntas (Cronbach, 1986, p. 91).

Capítulo IV

REPRESENTACIONES SOCIALES TEORÍA Y MÉTODO*

1. LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD COTIDIANA

Imaginemos un partido de fútbol en el que se produce una jugada que parece perfectamente clara: un defensa del Real Madrid y el delantero centro del Barcelona, que iba camino del gol, chocan con tal violencia que se hace precisa la intervención de los camilleros para atender al maltrecho delantero centro. ¿Cuál es la reacción del público? ¿Gritos exigiendo la expulsión del defensa? ¿Silbidos y protestas porque el árbitro expulsa efectivamente al defensa? Cualquier lector puede arriesgar una respuesta, pero ¿verdad que nos sentiríamos más seguros si supiéramos en qué campo se está jugando el partido?

Ahora sentémonos cómodamente ante el televisor para ver la grabación de esta jugada, en compañía de un hincha del Real Madrid y otro del Barcelona. Es fácil predecir lo que, muy probablemente, va a suceder: lo que para uno de los hinchas constituye una clarísima y salvaje agresión que debiera ser sancionada con la fulminante expulsión del defensa, tan sólo constituye para el otro la desafortunada consecuencia de una acción, a todas luces correcta, y en la que, además, la víctima tiene su buena parte de responsabilidad... por no decir toda.

La imagen que aparece en pantalla puede ser acelerada, desacelerada, detenida, repetida tantas veces como se quiera... ninguno de los hinchas retrocederá un ápice en su descripción de lo que *de verdad* ocurrió en el estadio. ¿Acaso no se les ha proyectado el mismo video? Esto es, sin duda, lo primero que intentaría

* Publicado en: Ibáñez, T. *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona, Sendai, 1988.

averiguar un ingenuo visitante del planeta Marte que desconociera el fútbol y la complejidad de los fenómenos psicosociales que inciden sobre la psicología de los hinchas. Pero pronto debería rendirse ante la evidencia: no hay duda, el video es, *objetivamente*, el mismo...

Hemos dicho que la jugada era clara y que, además, estaba grabada. ¿Qué hubiese pasado si ésta hubiera presentado un fuerte grado de ambigüedad y no se hubiera grabado? Lo más probable es que nuestro hipotético marciano habría tenido que renunciar a formarse una idea de lo ocurrido en el campo. Más precisamente habría llegado a la interesante conclusión de que, en el planeta Tierra, *la realidad* presenta la extraña propiedad de existir en forma duplicada. En efecto, la hipótesis de que uno de sus informadores, o ambos, padecieran graves trastornos perceptivos no resistiría ante sencillas operaciones de comprobación. Bastaría una rápida encuesta para comprobar que ambas versiones de la realidad eran compartidas por un respetable número de personas. Además, conocedor de las técnicas correlacionales, nuestro inteligente marciano no tardaría tampoco en percatarse de que la percepción de una u otra realidad, lejos de constituir un fenómeno aleatorio, está condicionada por la adscripción de los individuos a ciertas agrupaciones sociales, como son por ejemplo las peñas deportivas.

Este ejemplo futbolístico, sin duda trivial, nos acerca a un problema que no es por su parte nada trivial y que ha quitado el sueño a más de un psicólogo social: ¿cómo se forma nuestra visión de la realidad? ¿cómo incide esta visión en nuestras conductas cotidianas? Es obvio que las múltiples cosas que hacemos o que nos ocurren un día cualquiera de nuestra vida cotidiana no suelen quedar grabadas ni obedecen por lo general a reglas tan específicas como las que rigen un partido de fútbol. Esto significa que los acontecimientos que se producen en nuestra vida diaria, las informaciones que nos llegan, los comentarios que oímos, las conversaciones que mantenemos, las relaciones que establecemos con los demás, suelen presentar, todos ellos, un cierto grado de ambigüedad.

Sin duda, esta ambigüedad favorece la posibilidad de que cada persona se forme su propia opinión y elabore su particular visión de la realidad social. Pero cometeríamos un grave error al considerar que la elaboración de una visión personal de la realidad constituye un proceso meramente *individual* e idiosincrático. Al igual que ocurría en nuestro ejemplo futbolístico, las inserciones del individuo en diversas categorías sociales y su adscripción a distintos grupos constituyen fuentes de determinación que inciden

con fuerza en la elaboración individual de la realidad social, generando visiones *compartidas* de dicha realidad e interpretaciones similares de los acontecimientos.

Un ejemplo, entresacado esta vez de los conflictos generacionales, ilustra perfectamente la determinación social del pensamiento individual. En efecto, quién de nosotros no ha tenido la ocasión de escuchar en algún momento comentarios como el siguiente: «Créame, no hay quien entienda a los jóvenes de hoy. ¿Cómo pueden soportar durante horas y horas el ruido infernal de las discotecas? ¡Si eso es música, venga Dios y lo vea! ¿Y los ha visto usted bailar? Esto ya no es baile ni es nada. En mis tiempos el baile era asunto de parejas y la música era música de *verdad*. Bueno, esto se podría achacar a las modas que van cambiando, pero lamentablemente la situación es mucho más grave. Hay momentos en que me pregunto si soy realmente yo quien ha educado a mis propios hijos... no creen en las cosas que a mí me parecen importantes, no respetan nada... desde luego, *no ven las cosas como yo las veo*. Pero no vayan a creer que esto sólo me pasa a mí... la verdad es que parece que todas las familias a mi alrededor padecen los mismos problemas... En algo habremos fallado, porque desde luego, nuestros hijos *no parecen ser como nosotros*...»

Este tipo de comentario, repetido generación tras generación, con sus correspondientes variaciones circunstanciales, es posiblemente uno de los más reiterativos en la historia de la humanidad. Perplejidad, desilusión, incompreensión... lo que los padres se resisten a entender es que si sus hijos «no ven las cosas como ellos» es, sencillamente, porque las cosas no son las mismas para sus hijos que para ellos. Un aparato de televisión parece ser, objetivamente, «la misma cosa» para todo el mundo, pero es muy distinto haber nacido en un mundo donde el televisor (o el coche, el avión, los anticonceptivos...) apareció en un momento dado y fue extendiéndose poco a poco, que haber nacido en un mundo donde el televisor estaba ya, «desde siempre» sólidamente implantado en los usos y hábitos cotidianos. No es lo mismo haber asistido a la progresiva penetración de los microordenadores en las escuelas y en los hogares que haber nacido en un mundo «informatizado». Esto cambia sin duda la forma de ser de las «cosas» y cambia también la forma de ser de las personas. No es que los jóvenes de hoy parezcan ser distintos de los de ayer, es sencillamente que *son* distintos. Es cierto que «no ven las cosas de la misma forma», pero es porque ni las cosas ni los ojos que las ven son ya los mismos. El